

be poner en forma correcta y buena, necesita de una habilidad que no pueden darle los estudios literarios, por completos que sean: de la habilidad elocutiva, con la que tienen que ver factores fisiológicos y psicológicos más que literarios

Remito al principiante que quiera ir, por el buen camino, á la consecución de esa habilidad, al estudio del magnífico tratado de Maurice Ajam, "La palabra en público", que ha traducido al castellano Jesús Urueta.

Monterrey, N. L. México.
Noviembre de 1910 á Febrero de 1911.

CUARTA PARTE

EJEMPLOS.

1.

Yace un astrólogo aquí
que á todos pronosticaba,
y que jamás acertaba
á pronosticarse á sí.
De una coz y mil molestias
matóle una mula un día,
que entiende la astrología
al cielo, mas no á las bestias.

[Lope de Vega].

2.

Ya bien de mañana, yo me he encaminado por las calles anchas de casas bajas, con las puertas, á esta hora, entornadas, con los zaguanes silenciosos. El sol va bañando las blancas fachadas; de cuando en cuando se oyen las campanadas rítmicas y cristalinas de las iglesias; y las herrerías, todas las herrerías de la ciudad, las herrerías negras, las herrerías calladas durante la noche, comienzan á cantar. Os diré que estos son los instantes supremos en que despiertan todos estos oficios seculares, venerables de los pueblos. Y si vosotros los amáis; si vosotros sentís por ellos una profunda simpatía, podéis ver á esta hora, fresca, clara y enérgica, cómo se abren los talleres de los aperadores, de los

talabarteros, de los peltreros; y de qué manera comienzan á marchar los pocos y vetustos telares que aún perduran, como sobrecogidos, como atemorizados, como ocultos en un zaguán, allá en una calleja empinada y silenciosa; y con que joviales, fuertes y rítmicos tintineos entonan sus canciones las herrerías. Yo tengo predilección por estos hombres que forjan y retuercen el hierro: que mis amigos los carpinteros me dispensen esta confianza hasta ahora secreta; en estas palabras no hay para ello ni el más ligero agravio; otro día dedicaré otras líneas cordiales á estos otros hombres, también excelentes y afales, que labran la madera. Ahora voy á sentarme en una herrería. La llama de la fragua surge briosa en el hogar; el fuelle va resoplando sonoramente; en medio del taller el viejo yunque, patriarcal, venerable, alma de la herrería, espera el rojo hierro que ha de ser martillado. Y el hierro es sacado de entre las brasas. Y los martillos, recios, caen y tornan á caer sobre él y van cantando alegres su canción milenaria, en tanto que el gueso yunque parece que se ensancha de satisfacción tal vez de vanidad, pensando que sin él no se podría hacer nada en la herrería.

Y de rato en rato, el martilleo cesa; entonces el maestro y yo hablamos de las cosas del pueblo, es decir del mucho ó poco trabajo que hay, de las casas que se están construyendo, de lo deleznable que son—no os quepa duda de esto—los trabajos de hierro que vienen de las fábricas. Yo pienso que todas estas cerraduras, estos pasadores, estas fallebas, fabricadas en grande, mecánicamente, en los enormes talleres cosmopolitas, entre la multitud rápida y atronadora de los obreros, no tienen alma, no tienen este algo misterioso é indefinible de las piezas forjadas en las viejas edades, que todavía en los pueblos se forjan, y en que parece que el espíritu humano ha creado una polarización indestructible, perdurable.....

Los martillos van cantando, cantando en sus sonos claros y fuertes; el fuelle sopla y resopla ronco. Y ahora el maestro y yo ya no hablamos de las cosechas, ni de las fábricas, ni de las casas; hablamos de los amigos que han desaparecido para siempre. Si va; á vuestro pueblo después de haber estado lejos de él, pocos ó muchos años, estos recuerdos serán inevitables. Ya otro día apuntaba yo en otra parte algo de esto. ¿Qué se ha hecho de don Ramón, de D. Luis, de D. Juan, de D. Rafael, de D. Antonio? ¿Cómo acabó don Pedro? ¿Es verdad que D. Jenaro hizo una casa nueva, una casa soberbia, en que él había puesto todas sus ilusiones, y murió á los ocho días de mudarse á ella? ¿Le dejó D. Rafael la labor de los Tomillares a su sobrina Juanita, la hija de D. Bartolomé el Médico?

Y cuando yo pronuncio el nombre de Juanita, el maestro se queda un momento en suspenso, con el martillo en una mano y las tenazas en la otra.

[Azorín. "Una elegía"].

3

El centauro Critón, en la carrera
De la vencida y humillada tropa,
Retrasado quedó, pero galopa
Por alcanzar oculta madriguera.

Detiéndose de pronto: en la pradera,
De alto laurel bajo la verde copa,
Una ninfa se baña, sin más ropa
Que su larga y luciente cabellera.

El rumbo tuerce el fugitivo (¡pudo
Más el amor que el miedo!) y al desnudo
Cuerpo de la beldad corre derecho;

... Mas cuando sueña en su botín gallardo,
De Hércules triunfador vibrante dardo
Los aires surca y le traspasa el pecho.
(E. González Martínez. "La fuga del centauro.")

¡Ya viene el cortejo!
 ¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
 ¡La escada se anuncia con vivo reflejo;
 ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!
 Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
 los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
 la gloria solemne de los estandartes
 llevados por manos robustas de heroicas atletas,
 Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
 los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
 los cascos que hieren la tierra,
 y los timbaleros
 que el paso acompasa con ritmos marciales.
 ¡Tal pasan los fieros guerreros
 debajo los arcos triunfales!
 Los clarines de pronto levantan sus sonos,
 su canto sonoro,
 su cáñuto coro,
 que envuelve en un trueno de oro.
 la augustia soberbia de los pabellones.
 El dice la l'cha, la herida venganza,
 las á-peras crines,
 los rudos penachos, la pica, la lanz .
 la sangre que riega de heroicos carmines
 la tierra,
 los negros mastines
 que azuza la muerte, que rige la guerra.
 Los aureos sonidos
 anuncian el advenimiento
 triunfal de la Gloria;
 dejando el picacho que guarda sus nidos,
 los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!
 Ya pasa el cortejo
 Señala el abuelo los héroes al niño.
 —Ved como la barba del viejo
 los bucles de oro circunda de armiño.—
 Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
 y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
 y la más hermosa
 sonrío al más fiero de los vencedores
 ¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
 ¡Honor al herido, y honor á los fieles,
 soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
 ¡Clarines! ¡Laureles!
 Las nobles espadas de tiempos gloriosos
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros
 —las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos

hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros —
 Las tropas guerreras resuenan;
 de voces los aires se llenan
 —A aquellas antiguas espadas,
 á aquellos ¡lustres aceros,
 que encarnan las glorias pasadas,
 y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
 y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
 el que ama la insignia del suelo materno
 al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
 los soles del rojo verano,
 las nieves y vientos del gélido invierno,
 la noche, la escarcha,
 y el odio, y la muerte, por ser por la patria inmortal,
 saludan con voces de bronce las trompas de guerra que todan la mar-
 cha triunfal

(Rubén Darío. "Marcha triunfal").

Topando de cabeza con las rocas
 y caminando al agua por instinto,
 viene la vaca solitaria. Es ciega,
 Demasiado certera una pedrada
 del rabadán le saltó en un ojo. El otro
 se le esconde una nube; y así es ciega.
 A abrevarse vendrá como solía,
 pero sin aquel aire decidido
 de entonces, sin amigas, viene sola.
 Sus hermanas por cuencas y vertientes,
 por los prados y orillas de los ríos
 hacen sonar la esquila mientras pacen
 de la yerba al azar. Ella caería.
 Da con el belfo en el pilón gastado
 y recula espantada pero vuelve
 y baja la cabeza y bebe á sorbos.
 Bebe con poca sed. Luego levanta
 al cielo enorme la teztuz armada,
 en un gran gesto trágico; moviendo
 las dos pupilas muertas parpadea
 y se aleja por fin, calmosa, huérfana
 de luz en medio de aquel Sol que abraza,

vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola.

(Juan Maragall. "La vaca ciega").

6.

A veces una hoja desprendida
de lo alto de los árboles, un lloro
de las linfas que pasan, un sonoro
trino de ruiseñor, turban mi vida.

Vuelven á mí medrosos y lejanos,
suaves deliquios, éxtasis supremos;
aquella estrella y yo nos conocemos,
ese árbol, esa flor, son mis hermanos.

En el abismo del dolor penetra
mi espíritu, bucea, va hasta el fondo,
y es como un libro misterioso y hondo
en que puedo leer letra por letra.

Un ambiente sutil, un aura triste
hace correr mi silencioso llanto
y soy como una nota de ese canto
doloroso de todo lo que existe.

Me cercan en bandada los delirios
(¿Es alucinación?.....¿locura acaso?)
Me saludan las nubes á su paso
y me besan las almas de los lirios.

¡Divina comunión!.....Por un instante
son mis sentidos de agudeza rara.....
Yo se lo que murmuras, fuente clara;
yo se lo que me dices, brisa errante.

De todo me liberto y me desligo
á vivir nueva vida, de tal modo,
que yo no se si me difundo en todo
y todo me penetra y va con migo.

(E. González Martínez. "A veces
una hoja desprendida").

7.

¿Qué pensará el bosque, qué?
que está tan triste callando.
¡Parece que está pensando
en algo que ya se fué!
No sé qué tiene, no sé,
que me está el alma punzando;
¿será que también yo esté
como este bosque, pensando
en algo que ya se fué?

Campanero de la hermita,
toca y con triste tocar,
que ya es hora de la cita
y el entierro va á pasar.
Me dijo al partir que aquí
la espere, y aquí la espero;
viene á mi boda ¡ay de mí!
Toca, toca, campanero.

Madre, cuando llegue el día
feliz en que yo me muera,
entiérrame, madre mía,
en esta misma pradera.

Y cava mi tumba aprieta,
pero muy hondo, muy hondo;
¡yo necesito una huesa
sin márgenes y sin fondo!
¡Cuándo llegará ese día,
madre mía, madre mía!

(Luis Rosado Vega. "En el campo triste").

8.

Isabelica lo *enrea*
y prueba á ver si lo alcanza;
pero Paco se le *esculle*

del *güelo* de las enaguas
y se ladea y *s' arruilla*
y en *següta* se *alevanta*
y la sigue zalamero,
copiándole las *müanzas*

Ella entonces lo *de-deña*
y dándole las *espardas*
y huyendo de que la *arcance*
y *golviendo* hacia él la cara
sobre las *mesmas punticas*
de los *piecesitos* baila;
pero *aluego* hacia él se *güelve*
y él entonces se separa
y *s' hace* el *orgullosico*
bailando con arrogancia,
y *aluego* los dos de frente
como *pa* abrazarse marchan
y honestamente al juntarse,
ligericos pa atrás andan,
y dando una *guelta*, *quean*
otra *ves* baila que baila
zarandeando los cuerpos
al compás de la guitarra.....

(Vicente Médina. De "Aires murcianos".)

9

Y si queremos recibir de la antigua ciudad una impresión que en vano buscaríamos en la moderna, subamos una mañana de gran festividad al salir el sol de Pascua ó de Pentecostés, subamos á algún punto elevado desde donde dominemos la capital entera; y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Oyense primero campanadas sueltas, que van de una iglesia á otra como cuando prueban los músicos sus instrumentos; y luego, repentinamente, vemos, porque parece que en ciertos momentos el oído tiene también su vista particular, vemos en el mismo instante alzarse de cada campanario, como

una columna de ruido, como una humareda de armonía. Al principio, la vibración de cada campana sube recta, pura y por decirlo así aislada de las otras, al espléndido cielo de la mañana; luego, poco á poco, ahuecándose, se confunden, se borran unas con otras, se amalgaman en un magnífico concierto. Y ya no se oye más que una masa de vibraciones sonoras que se desprenden sin cesar de los innumerables campanarios, que flota, ondea, rebota, hierve sobre la ciudad y prolonga muy más allá del horizonte el círculo atronador de sus oscilaciones. Pero aquel mar de armonía no es un caos; por más tempestuoso y profundo que sea no ha perdido su transparencia; vese en él serpentear aparte cada grupo de notas que se exala de los campanarios. En él se puede seguir el diálogo, ya grave, ya chillón, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario á otro; se las ve lanzarse, aladas, ligeras y agudas de la campanilla de plata; caer quebrantadas y cojas del esquilón de madera; admírase en medio de ellas el rico diapasón que baja y sube sin cesar de las siete campanas de San Eustaquio; vense circular por enmedio las notas claras y rápidas que hacen tres ó cuatro eses luminosas y se desvanecen como relámpagos. Aquí está la abadía de San Martín, cantora agria y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; más allá la ancha torre del Louvre con su voz de bajo. La regia campana del Palacio arroja de continuo á todos lados sus brillantes trinos, sobre los cuales caen, en uniforme cadencia, los pesados golpe de la campana de Nuestra Señora que los hacen retumbar como el yunque bajo el martillo. Por intervalos se ven pasar sonidos de todas formas, que vienen del triple repiqueteo de San Germán de los Prados; y luego, de cuando en cuando, esta masa de voces sublimes se entreabre y da paso á la "strata" del Ave-María que estalla y chispea como un penacho de estrellas. Debajo, en lo más profundo del concier-

to, distingue el oído confusamente el canto interior de las iglesias que transpira por los vibrantes poros de sus bóvedas.

Por lo general, el rumor que se exala de París durante el día es que la ciudad habla; de noche, que la ciudad respira; ahora es que la ciudad canta. Prestemos el oído á este unísono de campanarios; derramientos sobre el conjunto el eco de medio millón de hombres, el eterno murmullo del río, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques colocados en las colinas como inmensos cañones de órganos; suprimamos en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado roncacos ó demasiado agudos del repiqueteo central, y digan todos si conocen en el mundo algo más o, más jubiloso, más dorado, más de-lumbrador que este tumulto de torres y de campanas, que este horno de música; que estas diez mil voces de bronce cantando á la vez en flautas de piedra de trescientos pies de extensión; que esta ciudad convertida en una inmensa orquesta; que esta sinfonía, tonante como una tempestad.

(Victor Hugo. "Nuestra Señora de París").

10

Una periodista acaba de *interviewar* á un ministro. "El caso no es raro," me diréis. No, en efecto. En los diarios políticos casi no hay día sin declaraciones solemnes de Clemenceau, de Briand ó de Callaux, sobre la renta, sobre el divorcio ó sobre Marruecos. Pero esta vez no se trata de un periodista político, ni siquiera de un ministro político, y en esto está la originalidad. El interrogado es un pintor, el excelentísimo señor Dujardin Beaumetz, jefe del Departamento de Bellas Artes.

"De pie ante su mesa ministerial—dice el *interviewer*—con un poco de melancolía, el ministro nos refiere sus recuerdos juveniles. Se complace recor-

dando la época difícil de su aprendizaje. ¡Era tan pobre! Lo dice sin ruborizarse. Al salir de la Escuela de Bellas Artes se puso á pintar abanicos, para no morir de hambre. Cada abanico le producía dos duros. Luego, me dice que estaba ya á punto de lograr la fama y la fortuna cuando se le ocurrió meterse en la política."

Pero como la política no le importa á Mortier, en vez de pedirle que le refiera sus luchas electorales, trata de nuevo de llevar la conversación hacia su punto de partida.

¡El Arte!—exclama su excelencia.

Luego abandona al joven literato que le interroga ofreciéndole que va á hacerle ver su último trabajo. Y, sin duda, Mortier tiembla ante el temor de que ese trabajo sea un discurso, ó un reglamento, ó una ley, ó un artículo grave, ó una circular detallada. Porque, al fin y al cabo, el trabajo de un ministro no es como el de un florista. El papel oficial requiere solemnidad.

Pero M. Dujardin Beaumetz vuelve al cabo de pocos minutos, y en vez de traer un legajo, trae unos platos, unas tazas, unos jarros.

Helo aquí—exclama:

Mortier contempla aquello con un poco de sorpresa y de alegría. Es un servicio de Sevres, recién salido del horno. "Un ligero filete áureo—dice el periodista—adorne los bordes de cada pieza. En un rinconcillo véese una minúscula escarapela tricolor, linda cual una florecilla siivestre." Y mientras Mortier admira, el Ministro le explica que él mismo ha pintado aquello; que él mismo ha escogido la porcelana.....; que él mismo ha vigilado el fuego.....

—¡Una fantasía!—exclama.

En seguida.

—Pero no lo diga Ud.....podría parecer mal; un funcionario No lo diga usted.

"Afortunadamente Mortier lo ha dicho, Las cosas así refrescan un poco la vida oscura de la política.

(E. Gómez Carrillo. "Un ministro artista").

12.

De su estancia en la capital de Prusia, merecen referirse dos anécdotas que retratan de cuerpo entero al poeta. Asistía á un banquete de diplomáticos en que el embajador de Austria, se permitió hablar de los poetas con cierto impertinente desdén.

—Los poetas, los poetas—decía—¿para qué sirven los poetas?

—Los poetas, señor conde—exclamó Florentino Sanz en alta voz y en correctísimo alemán—sirven para todo lo que sirven ustedes, y además para hacer versos, que ustedes no saben hacer.

Otro día le preguntó el embajador de Rusia, con algo de malicia:

—¿Cómo se visten las mujeres de España, señor Ministro?

—Las mujeres de España, señor Embajador, se visten de Emperatrices de Francia. (Por entonces acababa de casarse Napoleón III con Eugenia de Montijo).

(Emilio Carrere. "Eulogio Florentino Sanz".)

13.

CULTURA y Escuela no son sinónimos, ni aun entendiendo por esta última palabra todo establecimiento de enseñanza organizada. Analice cada uno dentro de sí el contenido de su verdadera cultura; aquilate su moralidad, repase sus conocimientos, los suyos, los que se ha asimilado, estudie las modificaciones ganadas en su misma estructura intelectual, observe su sensibilidad estética, y reflexio-

nando sobre todo esto, ponga de un lado lo que debe á la Escuela, Instituto, Universidad, etc., y de otro, lo que debe á la vida libre, á sus lecturas espontáneas, á las conversaciones y viajes, al aprendizaje ocasional; á la calle, en suma. Acaso la balanza no se incline del lado de la escuela sino de la calle.

El que esto escribe tiene que confesar que lo más y lo mejor de su entendimiento y de su carácter lo debe á la calle y no á la escuela.

La escuela tiene aquí y fuera de aquí, un aire ramplón, mediocre, convencional, pedante, y, sobre todo, ñoño. "Lo ñoño como elemento de educación" podría ser el título de un ensayo sobre la vida escolar. A la confianza del siglo XIX, á los ditirambos victor-huguescos al maestro de escuela, sucederá acaso muy pronto, una reacción, de la que ya se notan las primeras señales. "El profesor es nuestra enfermedad nacional" "Hemos inventado un moderno método de *herodismo*".....Estas son frases que ya se dicen y se escriben en el país más culto del globo.

Si á la calle debemos tanto por lo menos como á la escuela ¿por qué se hace tan poco por mejorar la calle, el medio ambiente local, mientras se montan en cada Estado organizaciones colosales para la escuela, con todo un ministerio al frente y presupuestos de millones y centenares de millones á su servicio?.....

¿No daría mejor resultado emplear la mitad de esos millones y de esa intensidad de esfuerzo en modificar el ambiente de la calle, abriendo grandes salas de espectáculos, instituyendo bibliotecas circulares, fundando gigantescos periódicos gratuitos, combinando excursiones y viajes casi de balde, embelleciendo los sitios públicos?.....

Ya hoy se empieza á marchar por ese camino. Acaso con el tiempo, en algún país avanzado, un futuro Ministro de la Cultura Nacional se cuide

mucho menos de sus escuelas públicas que de disponer, por ejemplo, campos de juegos en los alrededores de las ciudades y representaciones al aire libre en medio de las plazas. ¡Quien sabe si, para el porvenir, la labor educadora de un Fernando Buisson no valdrá lo que la de un Julio Verne!

No es inverosímil que venga en los pueblos más civilizados una fuerte reacción contra el peso actual de programas y estudios durante los seis ú ocho años de primera enseñanza obligatoria. No es inverosímil que la escuela se limite entonces á enseñar en poca tiempo á leer, escribir, contar, dibujar y pocas cosas más, procurando dar á los alumnos cierta disciplina mental y hábitos de trabajo. Y ya con estos instrumentos de cultura, ¡á la calle á adquirir la cultura verdadera!

(LUIS DE ZULUETA, "Crónica")

14.

¿Qué hubieran hecho los parisiense sin un río? . . . Cómo construir puentes, cómo edificar muelles . . . con qué objeto? El puente del Alma, el puente de la Concordia, y sobre todo el puente de Alejandro, sin el Sena estarían en la mente de Dios.ó en la mente del municipio; era preciso inventar el Sena. El parisiense que jamás ha traspuesto la línea de las fortificaciones, no podría hacerse la ilusión de un viaje cuando va *al otro lado del agua*; era preciso inventar el Sena.

Y el Sena fué inventado.

Y fué inventado *ad hoc*: un río manso y dócil, un río que jamás dijese no, un río *sage* por excelencia, *voilà l' affaire*.

Que es necesario agrandarlo? pues se le agranda; empequeñecerlo? pues se le empequeñece; desviarlo? pues se le desvía; ahondarlo? pues se le ahonda. Un día se les ocurrió á los parisienses que París debía ser puerto de mar.pues á modificar el Sena.

—188—

Y el Sena no dice esta boca es mía: corre apaciblemente, escamándose de oro, de plata y de esmeralda por donde quieren que corra. Un día de estos, los ribereños *de la izquierda*, querrán ser ribereños *de la derecha*, y viceversa, y cambiarán la corriente del río: el Sena correrá en sentido contrario, yendo á desembocar en las fuentes de donde nace. Por qué no? El Sena es muy bien educado.

(A. NERVO. El éxodo y las flores del camino.)

15.

La encontré en mi camino y conversamos de cosas agradables.—Ella hacía fiesta de los rosales de los huertos parándose á mirarlos, y yo estaba tan abismado en ella que las cosas me parecían patrimonio suyo y la consideraba con respeto.—

—Quiero aprender á conocer la vida— me decía en voz baja—; tus palabras me han llenado de asombro: he estado oyendo los versos que caían de tus labios como lluvia de flores, y la tierra me ha parecido nueva; es necesario que me enseñes la vida.

Y yo:— te escucho con toda la atención de mis entrañas; te creo primiva; me has hablado con exquisita ingenuidad. ¿Ignoras el evangelio de la vida? ¿Quieres oírlo de mis labios? ¿Imaginas que no lo cumples? ¿Y por qué? Es preciso que me cuentes tu vida: juzgaremos después de conocerla.—

—Yo no vivo de ninguna manera—proseguía

—189—

la primitiva de palabra fácil—
Soy una distraída una encantada
de todos los momentos. Me parece
que el mundo es una fiesta de colores
ofrecida á mis ojos; imagino
que la tierra ¡tan grandel es una selva
donde un continuo viento hace armonías
para gustar á mis oídos. Veo
que brota el sol, haciéndome sensibles
los granillos de arena, y que la noche
se apodera de todo, para darme
la sensación brutal de las montañas.
No tengo tiempo de cansarme; á veces,
apoyadas las manos en el tronco
de un árbol favorito, me levanto
sobre las puntas de los pies, y miro,
entornando los párpados, el ágil
rebullir de los pájaros pequeños
en lo interior de un nido nuevo. Entonces
hiriendo como el hierro de una lanza
la cortina de sombra de las hojas,
llega un rayo de sol hasta mis párpados
y me obliga á entornarlos. Y yo, llenas
las mejillas de luz, me quedo quieta,
sumisa bajo el sol, tibia la frente,
viendo pasar y hervir mi propia sangre
á través de los párpados, y alegre
de sentirme abismada en el incendio
del astro que hace el día. Así consumo
los años de mi vida; soy la muda
contempladora de las cosas bellas.
Estoy en mi rincón—y siempre busco
los que producen flores:—callo; espero;
y en el banquete de la vida, apuro
mi parte dulcemente.—He procurado
que siempre, en el otoño, esté vacío
mi vaso de cristal y que lo llenen
con nuevo jugo las vendimas nuevas,
porque el vino es amigo de la sangre

que acaricia mis venas. Nunca, á nadie
tuve por más dichosa que á mi misma
—¿Y he de ser yo quien á vivir te enseñe
maestra de la vida?

—¿Yo?—

—Tus labios

han pronunciado las palabras únicas
del evangelio mío; tú lo has dicho:
consumir nuestra parte en el banquete
y tener pronto el vaso á las vendimias
que han de venir.—Sigamos conversando,
que, como miel de abejas me parecen
todos tus pesamientos agradables.

E. Marquina "Oaristis,"

16.

Pegando á los animales
con los que esta enojado,
hizo un borrico ilustrado
varias críticas formales,
y aunque el perro á todas horas
le labraba y le ofendía
v á veces le dirigía
palabras calumniadoras,
el borrico con cordura
y demostrando cachaza,
no dirigía á la raza
canina ni una censura.

Siempre que un insulto oía
de la boca de algún cán,
juzgando necio su afán
callaba y se sonreía.

y si alguien le aconsejaba
variar de procedimiento,
con mucha calma el jumento
de este modo contestaba:

—Variar?— No; pues sé á pesar

de que es grande mi ignorancia,
que sin darles importancia
hago á los perros rabiar;
pues sin publicar sus yerros
ya pasan muy malos ratos
siempre que elogio á los gatos,
que es censurar á los perros.

José Rodao. ("El Sistema más cómodo.)

17.

CUADRO I.

(Redondel de una plaza de toros. En el centro, y echados sobre la limpia arena, varios cabestros que rumian y unos toros que duermen. Algo separados del grupo. *Campanario*, buey de luengos años y no pocas libras, conversa amistosamente con *Perdigón*, toro negro, de finas agujas y hermosa lámina. Entre barreras, unos vaqueros fuman y hablan. Es de noche, una noche de Agosto estrellada y diáfana. La acción, en cualquier parte. Epoca actual).

Campanario.—(Cabeceando pausadamente). Te digo que morirás mañana.

Perdigón.—(Como quien oye llover y rascándose con el izquierdo). ¡Bah!

Campanario.—Te llevarán con engaños á un obscuro chiquero, donde unos recios portales te impedirán salir.

Perdigón.—(Bufando). ¡Los haré añicos!

Campanario.—Pasarás allí encerrado unas horas muy largas y muy negras, y cuando de nuevo salgas al lugar en que estamos, unos hombres, ligeros como el aire y vestidos con raros trajes que brillan como las estrellas de la noche, se burlarán de tí, y herirán tu piel y harán correr tu sangre generosa.

Perdigón.—(Lleno de ira.) ¡Mataré á esos hombres!

192

Campanario.—No podrás; mira, ¿ves esa gradería para nosotros inaccesible? Pues estará llena de cobardes que gritarán como enloquecidos animando á tus verdugos.

Perdigón.—(Cada vez más furioso). ¡Calla!

Campanario.—Y una lúgubre música, que sonará para tí como un mugido de dolor, anunciará tu muerte.

Perdigón.—¡Calla te digo, buey de los demonios! (*Campanario baja la cabeza avergonzado. Esto de buey es grave ofensa hasta para los mismos bueyes, por aquello de que la verdad es siempre amarga*). ¡Morir! ¿Acaso no hay más que morir? ¡Cómo si yo no supiera matar para defender mi vida!

Campanario.—(Mirándole con lástima). ¡Juventud! ¡Juventud.....!

Perdigón.—¿Quién podrá vencerme?

Campanario.—Los que se aprovechan para ese fin de la misma bravura que te ciega. Nó, no lo dudes, *Perdigón*; morirás mañana como murieron tantos otros, como hubiera muerto yo si aquella deliciosa estratagema no me hubiera salvado la vida.

Perdigón.—¿Tú? A ver. ¿Qué hiciste? ¿Quieres contármelo?

Campanario.—Sí; eres nieto de *Petenera*, aquella vaca que fué el amor de mi vida, y deseo tu bien. ¡Qué hermosa era.....! (*Enardecido por sus recuerdos de toro, levanta el hocico y resopla; al movimiento, suena su cencerro de buey, y un frío de muerte le hace volver á la tristísima realidad. Tras una breve pausa.*) Escucha: yo he tenido tu edad y tus bríos y tu fuerza. El nombre de *Campanario* hacía temblar á toros y á hombres; las vacas mugían por mí, y los erales me miraban como á un ídolo. Una tarde me separaron de la piara, y entre varios hermanos que llevaban cencerros como el que ahora es baldón de mi cuello, me transportaron al lugar de la muerte. (*Suspirando dolorosamente*). ¡Ay de mí! Yo no sabía entonces lo que estos cencerros significaban.....

193